Cuentos de la Plaza Fuerte

El veterano.

La guerra. Aquella madrugada azulenca cuando Artemio Figueroa estaba preparado para arrancar, vino el sargento de la unidad mecanizada con una mueca en los labios:

— Pueden retirarse a la barraca hasta nueva orden, muchachos. Parece que hoy no se pelea. Artemio Figueroa ~~había~~ ~~bajado~~ ~~descendido~~ descendió del pequeño carromato blindado mascullando una protesta inexplicable. Otra vez habría que romper a lo largo de todos los nervios la tensión de aquel avance que por doquiera se encontraba con la victoria, otra vez habría que encuclillarse bajo los árboles con la ~~pasión~~ angustia viva y el cuerpo quieto. Era mejor encontrarse en el fragor de un combate que aquel relajamiento trágico de permanecer horas y horas con todas las inconveniencias de la guerra encima y sin ninguna de las bellezas de la guerra cerca. Guerrear no era lo peor de la guerra. Lo peor de la guerra era aquel holgar que dejaba la mitad de la ~~[illegible]~~ espectación humana rumiando pequeños dolores, volver a sumergirse en la tiniebla egoísta que ronda el corazón de los hombres. Según fué avanzando el día creció el malestar que produjo el paro bélico. Los soldados miraban las máquinas con una inquietud manifiesta. ¿Qué sería de ellos

si aquellas máquinas llegaran a ofenderse? Aquella era una guerra vertiginosa, donde el hombre por sí mismo no podía alcanzar la victoria, donde el paso lento podía desmoralizar tanto a las maquinas como a los hombres. La seguridad de la victoria estaba en aquel equipo rodante que no conocía fatigas ni blanduras, que caminaba hacia los horizontes añadidos despachurrando hombres y machucando distancias hasta que llegaba a la ultima rayita del plano de operaciones. Cuando las maquinas se paraban algo como ~~que~~ se asustaba en el coraje de los hombres. Aquellas máquinas quietas trabajaban sobre la moral de toda la guarnición. ~~Empezó a colarse un silencio que no se sabía~~ Los privados se habían amontonados en grupos ~~solos~~ mudos, que parecían pedirle cuentas a un anochecer sin estrellas.

Sin embargo, en la caseta central se oían voces turbadas, algunas sombras de la oficialidad se movían oscuramente cerca de la cabina de transmisión. De pronto un ~~otro~~ aullido jubiloso rompió todo el claro militar. Un oficial rubio, con la charretera en desorden pero con el perfil encrudecido por un barbaro orgullo, se agarró a una de las barandas del centro, y anunció con voz trémula.

– Soldados solo tengo aliento suficiente para decirle estas palabras: el enemigo acaba de rendirse. Su guerra, nuestra guerra, ha terminado. –

El silencio ~~que~~ con que fueron acogidas aquellas

palabras fué espantoso. Era un silencio que no se sabía si brotaba del fondo de la tierra, del espacio aéreo o del asombro denso de las figuras humanas que escucharon la noticia. Toda la guarnición parecía muerta de la cintura hacia ~~arriba~~ abajo. Algunos hombres cayeron desmayados, uno de ellos enrojeció para no levantarse más; otros echaron a caminar hacia las máquinas con los ojos extraviados. Por fin se oyeron algunas voces:

-¡No es posible! ¡No es posible! Alguien debe estar equivocado.-

- Sería terrible que ésto sucediera ahora.-
- Yo no ~~puedo~~ quiero ~~estar conforme~~ ni pensarlo. No puede ser, no puede ser.-
- Que será de nosotros ahora.-
- No, por Dios, que no se acabe, que no se acabe todavía.- suplicó una voz histérica, rompiendo en sollozos vibrantes. Si no suena una corneta a tiempo, si el capellán no exhorta a los privados a arrodillarse frente a una cruz humilde transportada encima de una plataforma, el pánico sombrío que produjo el anuncio de la paz hubiera costado más vidas que el más encarnizado de los combates. ¡La paz, ~~horrible, horrible~~ horrible palabra! ¿Qué palabra podía ser aquella?

Ahora que Arturito Figueroa podía pensar en ella con la cabeza fija en la cumbrera de su pabellón chato le parecía una palabra sin sentido tirada en el vacío inmenso de una noche oriental. Aunque nadie hablaba Arturito Figueroa sabía que todos sus compañeros de alojamiento estaban pensando en lo mismo, con el insomnio fijo en una rara atmósfera de espanto. La idea de salir con vida de aquella hecatombe era

casi increíble. La idea de salir con todo el cuerpo entero era también mortificante. Cada uno de ellos estaba padeciendo de un fenómeno de reducción que los tenía francamente alarmados. Por muchos meses sus ojos se habían acostumbrado a un paisaje que no tenía más límite que el sol y la línea del horizonte. Por muchos meses se les había evaporado dentro del cuerpo el sentido de toda individualidad. Sin embargo, ahora, aquel frente de guerra inconmensurable se les iba achicando dentro de la conciencia hasta convertirse en la pequeña área que ocupaba su cuerpo en el catre militar. Aquellas masas de hombre, moviéndose en un espacio ultralejado hasta el espacio continental, se iban condensando hasta convertirse otra vez en un solo hombre, en el hombre que camina consigo mismo, en el eco del hombre que se es, en el yo. Cada uno se se sentía separado de su viejo yo identidad por una distancia donde podría alojarse cómodamente todo el sistema planetario. Cada uno había dejado su alma anterior de muchacho de pueblo colgada de un clavo mohoso. ¿Sería posible volver a enchaquetarse sobre los hombros aquella alma que no tenía más paisaje que el candoroso perímetro de su pueblo, de ni más humanidad que unos cuantos cientos de rostros, ni más profundidad que unos cuantos suspiros frente a una persona verde. Artunito Figueroa se horrorizó

ante la idea de lo ridículo que había sido toda su vida anterior. Quiso recordar un solo chiste de su mundo anterior y no encontró uno solo capaz de hacerlo reir. Se puso a auscultar sus pensamientos de hacía cuatro años; y no encontró uno solo que le sirviera para caminar por la nueva ~~ruta~~ senda. Recordó uno a uno los rostros de las mujeres que se le habían aparecido por la aurora de su varonía y no pudo recordar uno solo que su corazón no hubiera despachado hasta el limbo del olvido. Era casi un dolor tener que volver a pensar en el pequeño ser que resultaba ser Antonio Figueroa. Pero no había más remedio que volver a pensar.

El licenciamiento fué tan rápido como lo había sido el enganche. Tres meses de guerra habían sido suficientes para malgastar cerca de tres años de preparación militar. En realidad se sentía como un guerrero a medio ~~ser~~ guerrear, como un ser que no había pagado la inversión de tiempo, de dinero, de paciencia que su país había tenido que gastar en crear aquel especialista de guerra. Además él era un caso tremendo. Había salido de la guerra sin un solo rasguño ni una sola condecoración. Nunca su cuerpo se había sentido tan sano ni tan bien nutrido. Aquella era la peor forma de salir de una guerra. Los lisiados reciben el licenciamiento con una gran compostura. También los heroes la reciben con

una gran simplicidad. Se creen soldados para siempre con el mundo que los rodea. La gente los mira con ojos mas claros. Pero Artemio Figueroa se retiraba del frente como un guerrero a medio guerrear. El dia antes de salir del campamento fué a decirle adiós a las máquinas de guerra. El paseo le hizo un daño terrible. En realidad parte de su seguridad de ~~soldado~~ hombre, de su eficiencia de especialista de guerra, se quedaba entre aquellas máquinas relucientes. Nada podía ~~pasarle a~~ acontecerle a un hombre que caminara sobre aquellas sopandas membrudas aunque tuviera que enfrentarse con la muerte misma. Nunca sus ojos tendrían la visión de aquellos reflectores que podían alumbrar ~~toda una noche~~ todo el negror compacto de un camino hostil. Nunca sus brazos volverían a tener el poder de agresión de aquella artillería movible capaz de pulverizar al enemigo mas fanático. Nunca su cuerpo sería capaz de ser tan invulnerable al cansancio como lo había sido cuando caminaba montado en aquellas perfectas maquinitas de guerra. Ahora habría que caminar otra vez en dos patitas flacas como una débil criatura humana a quien lo han despojado de todo blindaje ~~artificial~~ espiritual para la lucha. ~~Ahora a esperar las acechanzas del hombre sin la protección~~ Con este saco de pensamientos tristes se metió en la avioneta que lo devolvería a la paz.

Cuando desembarcó le esperaba otra pesadumbre mas complicada. Anduvo con un saco al hombro, con un vago rubor de mendigo sofocandole las mejillas, dando vueltas y mas vueltas entre oficinas y oficinas, agencia tras agencia mirando las caras extrañas de una enorme masa de gente que había disfrutado de todos los esplendores de la guerra, sin disparar un solo tiro. No lograba entenderse con ellos; había entre él y los otros el abismo de desprecio que siempre ha existido entre el hombre de la trinchera y la retaguardia burocrática. Mientras hacía fila tuvo oportunidad de observar unas quijadas incansables que consumían toneladas de cliché. Se encontró frente a un hombre que había producido la guerra, un hombre ratonesco que vivía relamiéndose de gusto entre nubes duplicadas, triplicadas, cuatriplicadas de papeles de diversos colores, que se pasaba el día dando saltitos ~~[illegible]~~ burlones entre calculadoras y maquinillas. Cien rolos lubricaron un nuevo nombre para Cortinto Figueroa que el propio Cortinto Figueroa no sabía ~~cual~~ que era. ~~Veterano~~ Hasta que no se sentó en un jardín público, a mirar todos aquellos papeles, papeles blancos, papeles amarillos, papeles rosados, papeles azules, papeles cortos, papeles largos, aquella palabra veterano, veterano, veterano, veterano que subía y bajaba a cada golpe de rolo no ~~no había logrado~~

logró penetrarle por la sesera. Pero todos aquellos papeles arrojaban una verdad que no podía escapársele al alma miserable de Artemio Figueroa: el hombre no disfrutaba de la misma protección durante la paz que disfrutaba durante la guerra. El ejército había sido para Artemio Figueroa una protección mayor que la que podría aspirar el resto de su vida. La paradoja era sangrienta pero era una realidad: el gobierno cuando más se ocupaba de la gente era cuando la mandaba a morir. Ahora que Artemio Figueroa tenía oportunidad de vivir otra vez, se encontraba racionado hasta el pedazo de aire que le tocaba en el jardín público.

De pronto se encontró su banco compartido por una mujer que lo miraba mansamente. La mujer era esa mujer que siempre camina por los parques públicos de una ciudad con su gorrito de pana y su abriguito sin pelo, para quien hubieran podido ser escritos unos cuantos cuentos con la pesadumbre de uno solo de sus días. Era ese gorrión de ciudad que prefiere el aire libre al cuarto oscuro donde vive, la muchacha que va al cine barato y al automático y que se pasa el domingo rondando cerca de la fábrica donde trabaja, temerosa de no encontrarla en el mismo sitio al otro día:

- Soldado, no? -

- Peor aun, veterano, una profesión que todavía no se para lo que sirve. ¿Y tú? -

- Desempleada de una fábrica de guerra, casi eso que tú eres. Ando buscando algo, aunque sea en el aire.

- Parece que estamos tocados por el mismo destino de [illegible] criatura. -

- Parece, sí. -
- ¿No ~~has~~ has encontrado nada ~~aún~~? -
- Todavía. ¿Y tú? -
- Aún no he buscado, pero estoy seguro que tampoco encontraré nada. -

Después de aquellas palabras se hundieron en un silencio hosco. En el fondo de ellos mismos se encontraron compitiendo sobre algo, el mismo empleo o los mismos gramos de carne o de azúcar. Por fuera, lo que se veía era el choque de dos desilusiones, rompiendo la armonía o la atracción de ambos sexos:

- Algún soldadote brusco - pensó ella
- Alguna hembra mercenaria - pensó él.

¿Por qué se habían hablado? Cosas estúpidas que tenía la paz. No había una sola razón en el mundo por la cual Arturito Figueroa tuviera que aguantar la compañía de aquel gorrión estrafalario. ~~Se levantó sin despedirse~~, casi desdeñosamente, con la actitud de un hombre provocado por la impudicia de una mujer idiota y se fue al cuarto de su hotel.

• Al levantarse le pisó un pie de modo que se quejó levemente; siguió sin excusarse

Tan pronto se encontró solo empezó a lamentarse de la brusquedad con que había tratado a aquella pobre muchacha. Se puso a reconstruir los ojos bajo el gorrito de paño y los recordó hermosos. Un poco tristes, pero hermosos. Algunas líneas de la figura hubieran podido ser amadas en la misma forma en que los hombres siempre han amado algún pedazo de una mujer. Su reflexión lo hizo ~~sobresaltarse~~ ponerse de pie, con un poco de alarma, frente a un espejo tiznado. Aunque su estampa seguía siendo la misma misma, tal vez un poco más ruda, tenía miedo que algo se le hubiera alterado definitivamente en el fondo de su corazón. No había duda que la guerra le había despojado de su inefable condición de muchacho de pueblo. ~~de su ideal caballeresco~~ ~~No había duda que la guerra le había violentado ostensiblemente~~ sus instintos de agresión

- Puede ser. -

Después de aquellas palabras se hundieron en un silencio hosco. ~~El ya había salido~~ El había olvidado qué cosas hay que decirle a una mujer que se acerca. Ella

cuatro años antes, aquella cautiva triste hubiera sido para él la personificación del vago ideal caballeresco que vive en el pecho del hombre que sabe llevar sus calzones con algún sentido de la decencia espiritual. Sin embargo, él había arrojado aquella mujer de su lado con una crueldad incontenible, tal vez en el momento en que mejor hubiera sonado en la oreja desvalida de una mujer vencida la palabra adusta de un hombre, que hasta hace poco había estado combatiendo por el derecho a la felicidad de todos los humildes. ¿Qué era lo que había pasado? ¿Es que había muerto dentro de él el pedazo de simpatía humana que hasta hacía poco le permitía considerar a la mujer como la otra mitad del enigma humano? algo se había alterado dentro de la rítmica normal de su ser erótico. El pensamiento era tremendo. Salió en busca de la obrerita para pedirle perdón humildemente, para acompañarla en todos sus paseos de desempleada, para restituirla a la vida o a la esperanza. Pero no la encontró. Parecía que la ciudad se la iba escondiendo a su paso. Parecía que aquella brutalidad había ofendido a todos los luceros cándidos que suelen alumbrar los parques públicos, porque no la pudo encontrar. Un sufrimiento desconocido lo hacía dar vueltas por aquella ciudad como un sonámbulo. Nunca un hombre pagó culpa caballeresca alguna con más angustia que la culpa que pagó Arturo Figueroa durante ~~las~~ dos o tres semanas avizorando cuanta puerta de fábrica le era señalada. No podía quitarse de los ojos

la cara de aquella mujer. A lo mejor aquel día no había tenido con qué comer y su instinto ingenuo la había guiado hacia aquel muchacho pensativo en busca de protección. Los últimos dos o tres días no pudo superarse dentro del hotel. Caminaba incesantemente de un parque para otro, de una silueta a ~~su~~ otra, dispuesto a padecer todo lo que hubiera que padecer hasta que pudiera serenarse. La paz la encontró en el pequeño bar a la esquina del encuentro. Hundió la cabeza en un almohadoncillo de cuero chillón ~~des~~-puesto y cerró los ojos. Una voz familiar lo sacó del ensimismamiento:

- Arturito, ¡~~muchacho~~ anda el diablo!, donde me iba a imaginar yo que te encontraría aquí.-

Era un muchacho de su pueblo, a quien la guerra había puesto a caminar hacia la ciudad, en busca de una mayoridad prematura. Tenía en las comisuras la huella indeleble del ~~alcohólico prematuro~~. alcohólico adolescente. Estaba maravillado con la reciedumbre, que la guerra había puesto en la facha de su amigo. Le palpaba los bíceps con la admiración con que un niño podría acariciar el ~~enano~~ gigante de un circo. Lo hizo ponerse de pié para medir las estaturas de ambos:

- Y qué tal la guerra.-

- Ya lo ves, chico, no hay por qué quejarse.-

- Supongo que en ese tiempo, ¿tú habrás matado japoneses por montones?-

Cuando Arturito Figueroa volvió a sus sentidos se encontró rodeado de hombres que lo empujaban hacia afuera del bar. En el suelo

estaba su amigo de pueblo con la boca destrozada, mas herido por el asombro que por el puñetazo. El dueño del bar defendía a Arturito Figueroa contra el grupo de puertorriqueños que querían golpearlo. En realidad esa pregunta no se le debía hacer a ningún ~~soldado~~ veterano decente. A ningún veterano le puede gustar que le recuerden su triste tarea de guerrero. El mocoso se había extralimitado al inquirir sobre el número de sus muertos de la última campaña de Arturito Figueroa. Las vociferaciones del dueño no lograron aplacar a los puertorriqueños pero consiguió la presencia de un policía, quien lo agarró por un brazo y, cargo condujo condujo a Arturito Figueroa hasta un puesto de detención, donde lo enfrentó con ese eterno sargento gordo y ~~mofre~~ cejijunto que hay en cada puesto nocturno de detención. El sargento era el peor tipo de sargento que pudo tocarle a Arturito Figueroa. Lo miró oscuramente, con.

~~— Armando broncas, como de costumbre, ¿eh? —~~

~~Ese muchacho era mas debil.~~

~~— Veterano, ¿no? Ya estoy harto de las bromas de estos borrachos del ejército~~

todo el peso de una enemistad insospechable:

- Tenía que ser veterano. Ya estoy harto de todos estos borrachos que nos ha devuelto el ejército.

- Yo no estoy borracho, señor. -

- Es lo mismo. Cuando eran soldados había que aguantarles sus borracheras. Ahora, que son veteranos, hay que aguantarles su ~~humor temperamental~~ neurastenia de nervios. -

- Si usted me dejara explicarle, señor. -

~~- No tiene usted que explicarme nada,~~ mejor es que entienda ~~que usted~~ la guerra ha

~~de una vez que el hombre no puede estar en guerra nada mas que en el frente de batalla.~~

– No tiene que explicar nada. La guerra se acabó, ¿sabe? La vida civil es distinta al frente de batalla. ~~Preséntele una denuncia por alguna causa, cualquiera, le ordenó al policía.~~ ¿Comprende?–

– Comprendo, señor.–

El sargento hojeó nerviosamente su libro de instrucciones para asentarle encima las dos o tres denuncias clásicas que están siempre al servicio del mal humor policíaco. Lo salvó un periodista sentimental que estaba de turno aquella noche en la prefectura. Lo sacó por el otro brazo y lo dejó frente a su hotel. Arturo Figueroa volvió a mirarse en el espejo opaco del pequeño cuarto, con una nueva sombra en el entrecejo. El sargento era un bruto, hastiado de transar arrestos con la policía militar, pero le había dicho una gran verdad. La vida civil era distinta de la vida militar. En la vida civil el hombre tenía que superarse a sí mismo, vencer su propia anarquía, andar sobre alerta sobre sus instintos de agresión. Ahora él estaba a merced de su propio control emocional. Tal vez algo se habría alterado profundamente en el fondo de su ser. ~~Tal vez~~ Aquella noche Arturito Figueroa se miraba al espejo temeroso de encontrarse con un nuevo Arturito Figueroa, con un nuevo ente ~~ente~~ con mas energía en la mano o con un coraje superior al que se necesita para andar por la vida encaramado en sus orejas. Su puño no era tan enfático como ~~lo era cuando~~ solía serlo cuando peleaba de muchacho en los alrededores de la escuela. Su corazón había perdido

terminado

el sano temor que padece todo hombre prudente. En verdad, durante tres años, una nueva educacion habría tratado de extraer de su humanidad irrevelada una ~~sublime~~ desconocida violencia que resultaba admirable para el campo de batalla, pero que podía ser un inconveniente para la lucha en la vida civil ¿Quien sabía lo que aun estaba flotando alrededor suyo de aquella violencia extraída del subsuelo de su alma civil? ¿Quien sabría cuantas plaquitas invisibles habían fotografiado su espíritu durante aquella contienda? Habrían sido preciso nacer de nuevo para tener otra vez el espíritu ingenuo, las manos en calma, los ojos cándidos. ¿Podría él lograr tal reconstrucción del hombre civil, el transeunte a pié, que la guerra había destrozado para crear un soldado guerrero, un especialista de la guerra motorizada? Algo se había violentado definitivamente de su sustancia de hombre civil. De ahí la desazon que sintió al anuncio de la paz. De allí la crueldad con la pobre mujer de carita pálida que se le acercó en el jardin público. De ésto aquel puñetazo que le había destrozado la boca al bobo de su pueblo. Su guerra interrumpida, ~~la sospecha ante la presencia del amor,~~ el malestar ~~ante~~ la sospecha ante el amor, la incapacidad ante la ofensa baladí lo puso a navegar en un mar de tristeza que se perdía en un horizonte ~~inacabable~~ desolado. El oficial de contácto lo encontró una tarde en aquella actitud de navegante:

– Tú eres el único soldado que no has vuelto por la oficina de veteranos. ¿Que te pasa? –

– Nada, señor. ¿Es obligacion reportarse, señor?

– No es obligación pero es conveniente. Siempre algo nuevo se sabe. Allí encontrarias tambien ayuda para todos tus problemas. –

el miedo sano que padece todo hombre prudente. Een verdad el habra recibido una educacion encaminada toda hacia una ~~desorbitacion de la violencia, que resul~~ ~~exteriorizacion~~

- La ayuda que yo necesito no me la van a poder proporcionar ustedes, señor.

-¿Cual?

- Otra guerra, señor.-

Hay miles de empleados en un gobierno burocrático que viven de una frase como ésta. Allí había un hombre que no había logrado desmovilizarse. Toda la piedad de una nación, organizada a través de un horizonte de escritorios cayó encima de Arturito Figueroa para angustiarle cada uno de sus minutos hábiles. Huyendo de aquella plaga de ratas, robos ratones y ratoncillos del presupuesto de la post guerra se metió en una fabrica, a nadar en aceite, a descoyuntarse los brazos con una palanca oxidada que se había olvidado de la paciencia de los hombres. El patrono tenía una idea distinta a la del ejercito. La maquinaria de guerra estaba reluciente, la maquinaria de paz estaba remendada hasta el desgaste. En el ~~gremio chocaba hasta el asco personal de Arturito Figueroa.~~ frente la máquina duplicaba la fuerza del soldado. En la fabrica la máquina destrozaba la pujanza del obrero. Hasta el asco personal de Arturito Figueroa chocaba en ~~aquel~~ el ambiente agrio del gremio. El presidente de la union lo miraba con desconfianza. La primera vez que lo vio trabajar tres horas extras limpiando su maquina de ~~una oxidacción~~ la oxidación de un cuarto de siglo, se le acercó con una sorna de buho:

~~- ¿Cual es la idea de cuidar tanto de la herramienta?~~

- Aquí no hay costumbre de limpiar la maquinaria, compañero. Eso le toca a otro turno de trabajadores.-

- Pues lo hacen bastante mal porque cada dia está peor - contestó el veterano con rudeza.

- ¿Y que le importa eso a un obrero?-

- A un obrero no sé pero a mí me importa mucho.-

Su frase era de una imprudencia alarmadora. El presidente de la unión lo hizo comparecer ante cinco comités de caras macilentas que lo escrutaban desde el fondo de unas arrugas de piedra. Artemio Figueroa estaba ya lo suficiente advertido para dominar su violencia. Explicó su caso como pudo. En la guerra el hombre se acostumbra a depender tanto de la máquina como de él mismo. Las condiciones de la máquina son para él tan estimables como las condiciones de su propio cuerpo. Si la máquina falla el hombre por sí solo no puede salir del atolladero de la muerte. El más viejo de los obreros del último comité lo sacó por los pelos del pozo ~~profundo~~ oscuro de los odios gremiales:

- Está bien, muchacho. Pero trata de recordar que esta maquinaria no se hizo para ayudar a un hombre a salir del atolladero de la muerte.-

- ¿Cómo?-

- Esta maquinaria se hizo para acabar con el hombre. Esa es la diferiencia, hijo.-

La dialéctica gremial es uno de los misterios más profundos para ~~del~~ el alma de un obrero neófito: ~~del trabajador agremiado~~. Artemio Figueroa estaba aturdido dentro de las complejidades de su nuevo mundo. ~~Miró aquellos rostros marcados por la fiebre de un ideario~~ El más viejo de los obreros lo miraba con la sonrisa agriebada de algunas de las figuras de piedra que Artemio Figueroa había visto mientras su planta de soldado vagabundeaba por el Oriente. En aquella sonrisa había un dolor esculpido por los perdigones de la policía. Por lo visto las guerras de la paz eran tan terribles como ~~las guerras~~ otras guerras. Por lo visto para luchar contra la agonía total de la humanidad el ejército tenía grandes ventajas, que no conocían las gentes que tenían que luchar bajo la paz.

El tamaño de la injusticia había macerado aquellos rostros con el resplandor enemigo del hombre que se siente en lucha con el resto de los hombres. El descubrimiento lo puso a caminar tristemente hacia el espejo opaco de su cuarto de hotel. Pronto ~~su rostro estaría cubierto por aquel odio del hombre contra la máquina.~~ su rostro de hombre de paz estaría ensombrecido por aquel temor al resto de los hombres, por aquel fatalismo maquinista. Algún día sus manos violentadas otra vez por la paz agarrarían el primer martillo al alcance para destrozar al nuevo enemigo. Las máquinas volverían a ser remendadas, los cristales rotos de las fábricas serían reemplazados, pero el remiendo del hombre civil ~~tendría una cicatriz más en el cuero íntimo~~ sería casi imposible.

No volvió a la fábrica. Volvió a sentarse de nuevo en aquel banco del jardín público donde empezó su vida de veterano, ~~a orillas del recuerdo de una crueldad~~ dispuesto a no moverse de allí hasta que no encontrara una razón para seguir caminando. La ~~guerra~~ paz. ¿Dónde diablos había ido a parar ~~el amor~~ la paz en todo aquel desbarajuste del mundo moderno? La paz era también una palabra sin sentido.

Estaba en busca de una respuesta, vagando con el corazón errático entre dos estrellas, cuando vió acercarse a su banco la sombra menuda de una mujer que parecía salida ~~de la bruma opalizada~~ del blanco opaco de una noche invernal. ~~El ultimo~~ La última lucecilla de la tierra alumbró un instante para que Arlindo Figueroa pudiera reconocer un gorrito de paño con un abriguito casi sin piel. El la vió caminando hacia su lado con la dulce alarma del hombre contestado desde arriba:

- Tú, otra vez, tú, ¡cuánto te necesito! -

- Hola, aquí está mi soldado lerdote. Y por lo visto más mansito. -

Arlindo Figueroa no sabía cómo hablarle de amor a una mujer. Su adolescencia de muchacho de pueblo apenas había podido ~~disfrazar~~ entender sus primeros malestares

de hombre. Su juventud de soldado estaba llena de figuras extravagantes, bailarinas orientales, sicilianas de ojos aguileños, mujeres rapiñosas capaces de robarle la cartera a un ~~ratero~~ graduado de la checa. Pero aquella imagen allí era el primer saldo de su ~~profesión~~ paz de hombre civil, era volver a flotar en la vaga nube del ideal caballeresco, era la oportunidad de pedir perdón frente a los ojos mismos del amor. Le contó todo el sufrimiento novelesco, su búsqueda por días y días de una cartita triste en una ciudad congestionada por millones de caras. La mujer seguía mirándolo con la maldad de una mujer extraña que no habitaba ya en el mundo de Arturito

Figueroa:

- Cuántos días hace que no comes, veterano? -

- Yo no tengo hambre. Yo... -

- ¡Bah! Sólo el hambre es la que ~~mete a los hombres a bueno~~ hace a los hombres hablar así. Pero esta noche la suerte no te acompaña, veterano. Yo no me puedo permitir el lujo de alimentar a ningún hombre. ~~La fábrica~~ no da para tanto. -

~~Arturito Figueroa vió cómo la mujer se alejaba de su lado, caminando hacia la nada, convertida en una estat la sombra ultrajada.~~

~~convertida en piedra blanca por la noche invernal; desde las telarañas humosas de todas las fábricas del mundo~~

~~Desde~~

Arturito Figueroa vió cómo la mujer se alejaba de su lado, caminando hacia la nada, con un grupo de humo y un albiquito pétreo, ~~liberada de toda ansiedad de amor humano~~ ultrajada su alma ~~viajera por un bahío~~ desafiando el blanco amoroso de la noche invernal. ~~Nada quedaba de ella en el recuerdo del~~ De pronto las telarañas de todas las fábricas del mundo empezaron a ~~volar~~ cerrar sus delgados tentáculos de plata para llevarse a los infiernos el alma de Arturito Figueroa.

~~Rodeado de aquello~~

Arlindo Figueroa vió como la mujer se alejaba de su lado, caminando hacia la nada, con un giro de humo y un abriguito pétreo, insensible a todo el blanco amoroso de la noche invernal. Quiso gritar y no pudo, quiso sacarse de las últimas blanduras que le quedaban aun dentro del pecho un sollozo y no pudo. Se encontró envuelto por un negror que le arropaba el cuerpo entero. Parecía como si todas las telarañas de todas las fábricas del mundo hubieran echado sus delgados tentáculos de suciedad para hundir aquel despojo de hombre. Estuvo quieto hasta el amanecer. Cuando echó a caminar hacia la mañana siguiente, ya tenía una razón para seguir andando. En la esquina, lo esperaba el bar, la vellonera y la conga. La línea era tan larga como el propio destino.

[signature]

Puerto Rico 1948

- A un obrero no sé pero a mí me importa mucho. -
Su frase era de una imprudencia magnífica. El presidente de la Unión lo hizo comparecer ante cinco comités de caras macilentas que lo escrutaban desde el fondo de unos armagos de piedra. Cada uno de los miembros tenía las piernas rodadas por los perdigones de la policía. Aureliano Figueroa estaba ya lo suficiente advertido para no dejarse llevar a cuestas por ninguna molestia. Explicó su caso con bastante desfachatez. El más viejo de los obreros lo agarró por los pelos para sacarle del pozo profundo ~~de todas las sospechas:~~

~~- Está bien, muchacho. Pero recuerda que la maquinaria de guerra no es~~
de los odios gremiales:

- Está bien, muchacho. ~~La maquinaria de guerra~~
Pero recuerda que las máquinas de guerra